

DON FELIPE TEJERA

(Continuación)

En la personificación de los pecados mortales hay rasgos felices:

La *Soberbia*, de pelos erizados,
La *Lujuria*, de labios encendidos,
Y pechos altos de lascivia hinchados,
La *Gula*, con sus ojos adormidos,
Y la *Envidia* feroz, y la *Pereza*
Que reclina en un áspid la cabeza.

Esta octava nos recuerda las de Lope en el libro VII de la Jerusalén:

Hermosa, aunque en figura de sirena,
De los pechos abajo cabra informe,
La Lascivia volvió la cerviz, llena
De vivo azufre.....
Gruesa, membruda, colorada y fresca,
El vientre grande, la garganta larga,
Se alzó la Gula que entre carne y pesca
A un vaso bacanal la mano alarga;
La frenética furia que refresca
Cólera quemada y hiel amarga,
Pasó la Ira; y sólo la Pereza
No levantó del suelo la cabeza.

Véase el apóstrofe de Satanás en su discurso ante las potencias infernales:

Acorredme, fatídicas visiones,
De los días del Génesis! Alzáos,
Ferozes huracanes y aquilones,
Hijos potentes del revuelto Caos!.....
Centellas despedid! Soplad, turbiones!

Borrascas del Diluvio, levantáos!
Y que al ímpetu vueéstro tremeundo,
Rompa y estalle en explosión el mundo!

Dijo Satán, y retendió el asiento
Del babilonio ponto; y disparado
Cual siniestro cometa al firmamento
Cruzó el cielo el arcángel rebelado;
Tiñe el orbe su rastro amarillento
Como cuando de Patmos, sublimado
El Profeta de Dios, tendida advierte
La cola del caballo de la Muerte.

De allá, del alto firmamento, tiende
Las alas de relámpago tronantes,
Y hacia el Artico círculo descende
Eclipsando los astros vacilantes:
Cruje a su tacto el mundo; el polo enciende
Sus boreales auroras fulgurantes;
Y, sin que el Sumo Jehová lo estorbe,
El eje inclina Satanás del orbe.

Más adelante, después de pintar el descendimiento del Verbo cercado de arcángeles, se lee esta octava, por cierto muy inferior a las anteriores:

Pero sólo Colón ve el portentoso
Milagro de los cielos, y el bendito
Coro de serafines armonioso
Que circunda a Jesús en lo infinito.
*Para el ateo no hay maravilloso,
Que impio se burla del cristiano rito,
Por eso huye de él la fe que aguarda
Y el ángel bendecido de la Guarda.*

El canto IX contiene una larga y prosaica digresión que omitimos, acerca del modo como explica la ciencia moderna la creación del mundo.

Léase la aparición de la mostruosa serpiente:

Y los días su curso proseguían,
 Pasaban....y pasaban.... ¿Hasta dónde,
 Por aquel negro mar bogando irían?
 Súbito en esto el rojo sol se esconde
 Entre las densas nubes que corrían;
 Y, a la luz del relámpago, responde
 Aspero són de tempestad ondosa,
 Y ven surgir del mar sierpe espantosa.

Sobre el convexo dorso prominente
 Grandes alas flamígeras levanta,
 Y la enorme cabeza, de repente
 Sacude con fragor que al orbe espanta;
 Vibra trilingüe punta reluciente,
 Con horrisona cola el mar quebranta,
 Y azuzando el horror y la tormenta,
 Su voz de tempestad así revienta.

Aquí repite Satanás su apóstrofe, y continúa el poeta con la descripción de la tempestad:

Dijo el monstruo; y al punto se nublaron
 Las salas del espacio, y los rugidos
 De combatidos vientos azotaron
 Los nadantes bajeles sacudidos:
 Los truenos en las nubes estallaron
 Asordando la esfera, y encendidos
 Los subitáneos rayos serpeaban,
 Y en las olas fantásticas rielaban.

.....
 Rotas la sueltas lonas, recrujían
 Los sacudidos cabos, y tremaban
 Las proras espumantes que subían
 Hasta las negras nubes, o bajaban
 A las cavernas que en el mar se abrían,
 Cual monstruos submarinos que buceaban;
 Todo era horror: el aire, el ponto, el cielo,
 Y en la armada tropel, angustia, duelo.

El fiero Leviatán de salto en salto
 Volando va, muy más veloz que el viento;
 Y ora rompe las nubes en lo alto,
 Ora el piélago azota turbulento....

Léase el comienzo de la invocación a María:

Oh, Tú! del ciego luz, temprano día
 De la noche del mundo, faro y puerto
 Del que corta por tí la mar bravía,
 O extraviado te busca en el desierto;
 Rosa de Jericó!...Virgen María!
 Iris de tempestad, Edén abierto!
 Tú, que das al mortal que en tí se afianza,
 Para cada pesar una esperanza....

De la descripción del nuevo Mundo es esta octava:

Y el uno y otro mar que se dilata
 Por donde nace el sol y muere el día,
 Y el ronco Marañón que se arrebatá
 Y su rico caudal a Atlante envía.
 El turbio Pilcomayo, el ancho Plata,
 Que arenas de oro en sus riberas cría:
 Y alzado el Chimborazo en lo profundo
 Como la inmensa cúpula del mundo.

Tan artísticas descripciones y episodios, imágenes tan brillantes y versificación no menos robusta se advierte en *La Boliviada*, poema épico, también en doce cantos y en variedad de metros, publicado de orden del general Guzmán Blanco el año de 1883 durante las fiestas del centenario de Bolívar.

Pone el poeta la acción en los campos de Carabobo donde se dio una de las más célebres batallas que recuerda la historia de la revolución americana. Después de la invocación, hecha en tres robustas octavas, descíbese en el primer canto el real de los españoles, y

el campo de los insurgentes en el segundo. Para dar variedad al relato, pinta el autor los amores de Cedeño y de Mila y los celos de Plaza, que comprenden gran parte del canto III, y constituyen uno de los mejores episodios. Síguese un discurso de Bolívar ante los caudillos colombianos reunidos en consejo, donde se exponen con toda la vehemencia con que debió de hacerlo el primer caudillo de los independientes, las *demasías* de los españoles en el Nuevo Mundo... Aparece luego Boves, por cuya boca se cuentan varias de sus proezas, como la que acarreó la pérdida de la República después de la acción de La Puerta.—Los enemigos de la independencia empiezan a tramar la muerte de Bolívar.

Comienza en el canto VI el maravilloso del poema con la pintura del Tabernáculo de Dios y el Templo de la Fama, donde asisten, entre otros, Colón, Las Casas, Huaina-Capac, Caupolicán, etc. El Ángel de América acude al templo para implorar protección contra las potestades del mal conjuradas en la muerte de Bolívar; y cuando llegan los conjurados a la tienda, aparece de pronto la cabeza de Rivas que los llena de pavor y precipita su fuga:

Con paso sigiloso,
 Por el ocaso umbroso,
 La peregrina banda
 De conjurados anda:
 Con precaución se alertan,
 Y en silencio conciertan
 Su pavorosa trama,
 Al vislumbrar la llama
 De hoguera moribunda;
 Y en la sombra profunda
 Surgen, giran, decrecen,
 Tornan, desaparecen;

Hondo pavor infunden:
 Distantes se confunden
 Cual lúgubres visiones
 Que el torvo espacio aborta,
 Trasgos y apariciones
 Que sobre el viento vagan
 Y con mudo terror al hombre amagan;
 Y brillan a lo lejos
 Los lívidos reflejos
 De las armas desnudas,
 Afiladas y agudas,
 Como en el lago, al parecer, rutila
 La onda cuando oscila
 Si se mueve debajo, sigiloso,
 Algún reptil monstruoso.
 Así la turba avanza
 Y aquí y allí se oculta,
 Y al cabo en lontananza
 Con su infame designio se sepulta;
 Mientras en torno de ella caminando
 De espíritus de horror legión sombría,
 Con sus alas la esfera encapotando,
 Al proyecto infernal los pasos guía.
 Ya próximo el traidor, con paso quedo
 Y con mirar aleve,
 Sin que le ponga miedo
 El hecho a que se atreve,
 El suelo apenas pisa;
 En su mano relumbra
 Ancho puñal que alumbrá
 De su labio la lúgubre sonrisa;
 Y ya el infame, con furor que acrece,
 Va el golpe a descargar, cuando tremenda,
 Tras el oscuro lecho,
 La cabeza de Rivas aparece,
 Y en él clavando la mirada horrenda
 Le hiela el corazón dentro del pecho.

Derrama luégo en torno,
 Profunda oscuridad que horror infunde
 A la cuadrilla torva
 Que ronda en el contorno;
 La pasma, la confunde,
 Y su designio criminal estorba.
 Huyendo va el traidor a la ventura,
 Mientras la faz oscura
 De la cabeza airada,
 Con su mirar terrible
 Le persigue tenaz, como llevada
 Por el cuerpo de un sér que va invisible
 Y al par que el triunfo evita
 Del crimen, precipita,
 Como en antro de noche tenebrosa,
 En su propio terror la turba odiosa.
 Del cielo, en tanto, en la región más alta,
 Subida en nube que su planta huella,
 Pola divina, cual lumbrosa estrella,
 Sobre un fondo de nácares resalta.

Entre las descripciones puede servir de ejemplo la siguiente, que se lee en el canto VII. El poeta habla de Cedeño:

Hora cruza el réal y lentamente
 Por la felpuda falda se encamina,
 Alta brilla la luna y el ambiente
 La pluma azul de su penacho inclina.
 Se alza en oculta parte
 Del collado, una tienda peregrina
 Que en rústico primor ornara el arte,
 Y al penetrar en ella
 El adalid descubre
 Una beldad que, al verle allí, se cubre
 Con virginal rubor la faz de estrella,
 Mientras los crespos rizos
 De su cabello blondo
 Dan realce a los cándidos hechizos
 De su albo seno de marfil redondo.